

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 565



Esta flor sencilla y pura
va á inclinar su cáliz tierno;
y la causa de mustiarse
es porque le falta un riego.

CHARLA



BUENA está la prensa!

¡El que quiera enterarse de algo interesante leyendo los periódicos, ya está listo.

Pero, señor, ¡qué manera de decir las cosas, y, sobre todo, qué informaciones!

Aun recuerdo la lata que días pasados me dieron con el asesinato de Mac Kinley.

Digo, la noticia era de esas que entran pocas en libra. Calculen ustedes con el ansia que compraría el periódico; y no es que Mac Kinley haya ido conmigo á la escuela, ni porque me toque nada de largo ni de cerca, sino por la naturalísima curiosidad.

Pues, como decía á ustedes, compro el periódico, comienzo á buscar por entre *estómagos artificiales* y demás anuncios raros, y al fin doy con lo que deseaba .. ¡con lo que deseaba encontrar, se entiende!

Y leo:

«Mac Kinley ha sido vilmente asesinado por un anarquista, el cual le hizo tres disparos certeros. El presidente de la República cayó al suelo y el asesino exclamó:

»—Así cumplen los anarquistas.»

Sigo leyendo:

«Aun no ha muerto Mac Kinley. Sin caer al suelo, él mismo se extrajo la bala con los dedos y dijo sonriendo bondadosamente:

»—Esto no ha sido nada; pero se me figura que tengo más plomo en la barriga.

»Y, dirigiéndose al público que le rodeaba, continuó:

»—¿Qué les parece á ustedes?

»—Que eso ha estado muy mal hecho,—dijo uno.

»—Que ha sido una barbaridad,—gritó otro.

»El presidente se dirigió en busca del médico por su propio paso.»

Más abajo leo:

«El asesino de Mac Kinley no dijo lo que anteriormente hemos comunicado, sino esto otro:

»—¡Me he portado como un hombre!

»Esto demuestra que Nicman no es anarquista.

»Lo celebramos.»

Crece mi interés y leo:

«El asesino de Mac Kinley no se llama Nicman, sino Ozolgose.»

Aquí ya me empiezo á escamar; pero sigo leyendo:

«El asesino de Mac Kinley es natural de Toledo (España), y parece que era afilador de sables.»

A continuación:

«Mejor informados, podemos asegurar que el autor del crimen es de Toledo, pero no de España, sino de los Estados Unidos. Es otro Toledo.»

Mi cabeza comienza á dar vueltas, pero no dejo de leer:

«Cuatro médicos de los ocho que asisten á Mac Kinley, afirman que las lesiones no son mortales y que sanará el ilustre herido.

»Los otros cuatro doctores aseguran todo lo contrario.

»Cuando la esposa de Mac Kinley recibió la fatal noticia, lanzó una carcajada loca y cayó al suelo, mesándose los cabellos.»

Esto, como es natural, me entenece, y continúo la lectura.

«Por distinto conducto sabemos que la esposa del presidente recibió la noticia con calma, y con pasmosa serenidad preguntó:

»—¿Vive aún?

»Y como le contestaran que sí, se quitó la bata, y, poniéndose un traje casi negro, salió en busca de su esposo.»

Sigo cada vez más atontado.

«El autor del atentado ha hecho importantes declaraciones.

»Sin embargo, por conducto autorizado sabemos que se mantiene en riguroso mutismo.»

—Pero ¿en qué quedamos?—me pregunto yo.

Y sigo con el periódico.

«Los médicos que han visitado al agresor opinan que se trata de un demente.

»Después de haberlo sometido á un escrupuloso reconocimiento, se ha demostrado que no está loco.»

¡Dios mío! ¡Yo soy el que comienzo á estarlo! Pero no por eso suelto el papel.

Y después de leer telegramas y más telegramas, me quedé como el que ve visiones, y sin saber á qué carta quedarme.

En este momento se me presentó un amigo y me preguntó:

—¿Qué sabes de Mac Kinley?

—Que no existe,—le contesté.

—Por fin ¿ha muerto?

—No; que no ha existido tal hombre, ni hay Estados Unidos, ni ésta es la Rambla de Cataluña, ni yo soy yo, ni me importa saber quién eres, ni quiero hablar con animales, etc., etc.

Y manoteando y hablando solo, me dirigí á mi casa, que no es mía, y después de comerme, sin darme cuenta, un plato de liebre escabechada, me acosté, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Si será gatol...

JOAQUÍN ARQUES



Son las hermanas Hatcaps estas cuatro que aquí ves,

y además son la atracción del Circo Barcelonés.

UNA CONTRATA



—Pero ¿está usted loco?

—No, zeñó: mu cuerdo.

—¿Doscientas pesetas?

—¡Ni un pitiyo menos!

—Me parece, amigo,
que es mucho dinero.

—Pero, oiga usted, guaza:
¿no vale este cuerpo
to lo que le pido
y más?

—Por supuesto;
pero aquella plaza
no da para eso:
las gradas pequeñas,
y el ruedo pequeño...

—Pues, misté, compare,
ahora zubo er precio:
¡ni por mil pezetas
zargo en eze pueblo!

—Y ¿por qué ese cambio?

—¡Gachó! ¡Por el ruedo!

¡Allí, de los toros
no se libra el verbo!
Ziempre están encima
como aceite güeno,
y dan cada tute
que tiembla er misterio...

¡Na! ¡Que zi no zube,
no voy á eze pueblo!

—¡Es que está anunciado!
Ya está todo hecho:
comprados los toros,
y el pueblo dispuesto.

—Pues, misté, compare:
lleve otro maestro,
que yo en eza plaza
lucirme no puedo.

—Pero ¿por qué, hombre?

—¿No lo está usté viendo?

¿No ve estas hechuras?

¿No ve to mi cuerpo?

¿No zabe usté el alias
que en el arte llevo?

—Ciempiés.

—Er mesmito.

Pues, hombre, por ezo
no puedo lucirme
en tamaño ruedo.
De todos los chicos,
yo zoy el torero
que tiene más piezas
que un tren de recredo,
y, na, que zi zargo
en tan chico ruedo,
mis piezas y er toro
juntós, no cabemos.

L. SORTILLA.

UNA PÁGINA DE AMOR

¿Quién le toca el turno?
—A Pedro.

—No: yo no tengo aventuras que contar; á mí nunca me han hecho caso las mujeres.



—Déjate de tonterías. Cada uno de nosotros ha hecho el relato, más ó menos verídico, de sus amoríos. Ahora te corresponde á ti.

—Como queráis; pero creo que os vais á aburrir soberanamente.

Paseaba yo una tarde por el Parque Genovés, y estaba más aburrido que golondrina enjaulada, cuando vi á Consuelo, una costurera muy simpática, que iba á trabajar á mi casa todos los viernes. Nunca le había dicho dos palabras, porque apenas si mi madre se separaba de su lado durante las horas que estaba en casa, y jamás pensé en esperarla en la calle; pero aquella tarde se me ocurrió, tal vez por distraer mi tedio, ir en su busca y acompañarla un rato.

Su conversación alegre y franca me sedujo,

y sin darme cuenta pasé á su lado toda la tarde.

A ella no la molestaba mi presencia; tanto era así, que insistió en que la acompañara hasta su casa.

—¿Acaso te negabas?

—Sí. No quería dar lugar á murmuraciones...

—Pedro siempre ha sido un santito de azúcar.

—Si os chanceáis de mí, pongo punto final.

—Sigue. Ya callamos.

—La acompañé hasta su casa. No sé cómo fué que me dijo á las horas en que tenía costumbre de salir. Eran precisamente las mismas en que yo entraba y salía de las oficinas.

Al día siguiente nos encontramos, y al otro y al otro, y acabamos por ser novios; pero novios de broma, porque demasiado sabía yo que



mi madre se opondría á nuestra boda, y yo no me sentía muy inclinado al sacrificio, porque he de confesaros que tenía algunas aspiraciones.

—Sí; esperarías una princesa húngara.

La Saeta

—No me interrumpas.

Recuerdo que un viernes que fué á casa encontró á mi madre muy apesadumbrada. Inquirió, y como las mujeres son muy expansivas, mi madre le contó que hacía dos días que



yo no parecía, y que le habían dicho que estaba en Puerta de Tierra con unos amigachos y amigachas.

¿Sabéis lo que hizo? Pues en cuanto llegó á su casa dejó la mantilla, y suponiendo la indu-

mentaria de nuestras compañeras, se puso el pañolón y fué á sorprenderme.

—¡Eso son mujeres!

—En cuanto la vi me puse furioso contra ella. Entonces comprendí que la quería, porque me lastimaba verla entre aquellas mujeres.

Me reprendió con tanta dulzura; me habló de su cariño, de mi madre; me dijo cosas tan puestas en razón, que me fuí con ella y dejé á los amigos.

Al calor de sus palabras, llenas de amor y de ternura, al adquirir la convicción de que aquella mujer me pertenecía, sentí que la sangre hervía en mis venas y que me dominaba el deseo de abrazar y besar. Y besé y abracé con fuerza loca; pero tan grande, tan fuerte, tan imponente como el deseo que me impulsó al placer, fué el grito de la conciencia, que me advirtió que iba á devolver mal por bien. Me dominé. Comprendí que la posición social que yo ocupaba me impediría reparar el mal, y, no queriendo renunciar de una vez á aquella mujer, «¡Cásate! —grité.—¡Cásate, Consuelo!», y ella bajó la cabeza y lloró.

—¿Y tú?

—¡Yo también lloré! Y aquel llanto dominó mi fiebre.

Consuelo, al ver mi arrepentimiento, me besó en la frente, en señal de perdón. Hoy es mi esposa.

Cuando la contemplo con su trajecito negro y con su mantilla blanca, tal como vestía el día en que la conocí, evoca en mí el recuerdo del pasado, y no puedo menos que exclamar: «¡Qué bien les sienta á los ángeles el traje de mujer!»

F. CUENCA PI.

LAS FLORES

Las he visto morir, doblar el cáliz,
prendidas en el seno de mi amada.
¡Pobres flores humildes que adornaron
su divina belleza!... Cual se extingue
de sublime canción la última nota,
cual se apaga el rumor de amante beso,
que unos labios ardientes imprimieron
en la blanca mejilla de una virgen,
así su vida se extinguió... ¡Quién sabe
si de igual modo morirá el cariño
de que fueron hermoso y fiel emblema!...

Al mirar marchitarse aquellas flores,
sentí la pena del que ve perderse
la ilusión que alentó con toda su alma;
sentí, al mirar sus arrugadas hojas,
el dolor infinito, la amargura
del poeta infeliz á quien la muerte
arrebató su amada, cuando acaso
iluminaba con la luz radiante
de su belleza, el lóbrego camino

que hasta la gloria había de llevarle.

Ellas guardaron siempre en su perfume
el eterno poema de cariño
que no puede decirse con palabras.
Ellas con su lenguaje le expresaron
á la hermosa mujer de mis ensueños,
lo que hubiera querido yo decirle
con estrofas dulcísimas. Son ellas
las que sintieron la caricia suave
de sus manos, tan blancas cual la nieve,
cuyos copos la tierra á cubrir bajan...
Ellas gozaron de los dulces besos
que sus labios purísimos de virgen
me enviaban á mí...

Por eso, al verlas
marchitarse en el seno de mi amada,
he sentido la pena del que mira
morir sus ilusiones. ¡He temido
que de igual modo mueran los amores
de que fueron hermoso y fiel emblema!

SANTIAGO A. NARRO

TEATRO CIRCO BARCELONÉS



LES FON3

(Duetistas-excéntricos-contorsionistas)



(Continuación.) —¡Y si esto no es académico y clásico, que vengan críticos!
—¡Eso quisieran ellos!

EFFECTOS DE UN CAFÉ CON... GOTAS



—Esa mano en la cabeza va muy bien. Ahora levanta la otra y deja caer la ropa.
—¡Pero, mujer!...
—¡Que la levantes he dicho!

(Continuará.)

VERBENAS

Si en la Corte de España hay algún detalle característico y propio, es, sin disputa alguna, la verbena. ¡Pobres de nosotros, los condenados á tostarnos en este chicharrero madrileño, si en medio de los rigores del ardiente Febo no tuviésemos esos ratos de esparcimiento y esas

noches de zambra y jolgorio, en que se respira á gusto y se olvidan, aunque momentáneamente, las rabietas y *sofoquinas* anteriores!...

No concibo un verano en Madrid sin verbenas. Me parecería una capital desierta, una inmensa necrópolis en donde habían establecido sus reales la soledad y el silencio. La existencia cortesana sería insoportable, y nos veríamos obligados á huir en busca de otros lugares, para hallar en ellos la expansión y alegría que piden las almas, como las plantas piden el riego. Pero existiendo las verbenas, Madrid entonces parece un rincón del paraíso y los madrileños no envidian á nadie. Hasta se ríen de la Concha, el Sardinero, Portugalete y otras playas más ó menos concurridas. Naturalmente, esto obedece á que el alma juvenil es harto conformadiza; todas sus ansias se encuentran satisfechas en cuanto el hombre á quien da vida escucha el rumor del organillo y las risas de las madrileñas, y se ve envuelto en las *olorosas* nubes del aceite de las *buñolerías*.

Desde el 13 de junio, en que inaugura la serie de verbenas el popular San Antonio, hasta el 8 de septiembre, en que la cierra la Natividad de la Virgen (la *Meloneía*, como irreverentemente la llaman por acá), no cesa la gente madrileña de divertirse y disfrutar; y San Juan, San Pedro, Nuestra Señora del Carmen, Santiago, San Justo, San Cayetano, San Lorenzo y la Virgen de la Paloma, ofrecen á los jóvenes de uno y otro sexo numerosas ocasiones para poder estrechar amorosamente á su compañero y murmurar ó escuchar vehementes juramentos amorosos, expresados con más ó menos fortuna y *discreción*.

El aspecto que ofrecen las verbenas es tan pintoresco como animado; conjunto caprichoso, paleta inmensa en la que parecen haberse mezclado todos los colores, formando uno solo, extraño y abigarrado. Un rumor prolongado se extiende por el espacio como zumbido ensordecedor de colosal colmena; las nobilísimas luces eléctricas se codean con los plebeyos mecheros de aceite y los vistosos farolillos de papel; la cadeneta policroma sube por gallardetes, balcones y techumbres improvisadas, como caprichosa enredadera; los puestos de los churros vomitan por su gruesa chimenea columnas de humo (mal oliente, eso sí), que recuerdan á la de nuestros acorazados (!); y el vocerío de los vendedores, las carcajadas de las mujeres, los gritos de los beodos, los pitos de los modernos caballitos, movidos á vapor, y la escandalosa algazara de las campanas, que se parecen á nuestras clásicas comadres de barrio en esto de mover la lengua—broncinea ó no—, producen un ruido que destrozaría los oídos de cualquier mortal que no fuese madrileño.

Aquí, á la puerta de la taberna, varios se entregan en brazos de Baco y dan ciento y raya á



las abejas en cuestión de *libar*; arriba en los balcones, unos vecinos, muy ligeritos de ropa, contemplan la bulliciosa muchedumbre; más arriba aún, las estrellas y la luna miran todo aquello indiferentemente, al parecer, por más que en realidad sientan las insinuantes caricias de la envidia; en otra parte, el inocente hortera se entrega desenfrenadamente al *sport* y se monta en una bicicleta... del tío Vivo, moviendo los pedales con una agilidad digna de mejor suerte; en un rinconcito obscuro, vecino y vecina se comen con la vista, charlando quedamente; en otro grupo, unos cuantos, sentados en enanas banquetas, *devoran* una sandía *congestionada*; y allá en los bailes, muchachos y barbianas se unen en más ó menos apretado abrazo, bailando, bien una cadenciosa habanera ó una vertiginosa *polka*, para que, horas después, extenuados, pero alegres, repitan la celebérrima frase:

... ¡Qué dulce es el mareo!...

Y no solamente es el baile y la algazara y el gentío lo que marea. Son las madrileñas, que lucen los hermosos mantones de Manila con sus enormes flores bordadas y sus chinos de relieve. Esto no marea, sino que produce vértigos: que entre una botella de Valdepeñas y unos ojos femeninos, puede asegurarse que *estropea* más esto que aquello. Una madrileña que sepa llevar con gracia el airoso mantón, es el colmo de la hermosura y el mayor enemigo del elemento joven.

En estas fiestas se ve claramente á los hijos de los clásicos chisperos y majas que tan bien retrataron Goya con su pincel y D. Ramón de la Cruz con su pluma. Además, la verbena es propia de la clase *baja*; es su fiesta, y nadie ni nada podrá extinguir sus especiales y característicos atractivos. La única verbena á la que suele concurrir la aristocracia es la del Carmen; y sea por un motivo ú otro, ello es que, aunque está tan animada como las restantes, carece de ese sello incomparable que le prestan las de la Paloma y San Cayetano, por ejemplo.

Nunca se concluiría de describir tal y como son estas festividades. Además, se ha hablado tanto de ellas, que poco nuevo podría decir mi pobre pluma. Algún malicioso creará exagerados mis elogios anteriores dedicados á las verbenas, y no lo niego, porque, como al que más y al que menos, me gusta esta clase de diversiones. Además, la verbena es la fiesta de la gente moza; si es cierto que el ambiente está lleno de humo y polvareda, verdad es asimismo que algo más hermoso flota por cima, que es una oleada de juventud y de alegría.

A pesar de que la mayoría de los madrileños se retiran á media noche, siempre las primeras claridades del alba sorprenden á numerosos juerguistas. A la animación de poco antes sucede una quietud apacible; aquello parece un campo después del combate. Los dueños de los puestos de baratijas y chucherías dormitan; las sandías muestran desvergonzadamente sus verdosas barrigas; los mecheros están apagados; las chimeneas de las buñolerías aun humean... Allá lejos empieza á aparecer el sol; los serenos, por el contrario, comienzan á *desaparecer*, y los juerguistas rezagados, con el rostro macilento y la mirada vidriosa, caminan dando tumbos... Porque en las verbenas, no solamente se rinde culto á Terpsícore, sino que se quema mucho incienso, ó, mejor dicho, se consume mucho mosto en honor de Baco... Y tan dios es uno como el otro.

EMILIANO RAMÍREZ.



mente sus verdosas barrigas; los mecheros están apagados; las chimeneas de las buñolerías aun humean... Allá lejos empieza á aparecer el sol; los serenos, por el contrario, comienzan á *desaparecer*, y los juerguistas rezagados, con el rostro macilento y la mirada vidriosa, caminan dando tumbos... Porque en las verbenas, no solamente se rinde culto á Terpsícore, sino que se quema mucho incienso, ó, mejor dicho, se consume mucho mosto en honor de Baco... Y tan dios es uno como el otro.



Nuevo modelo de armario, para solteros

TIEMPO APROVECHADO

No lo fué mucho el de la larga existencia del conde, que llegó á los sesenta y cinco años solterón y lleno de achaques; pero al cumplir tan temprana edad, sintió que su corazón, antes de roca, se convertía en mantequilla, y es indudable que los sesos se le hubieron también de derretir, pues se enamoró de una muchacha de veinte abriles, y, lo que es peor, se casó con ella.

Pocos meses después, estaba completamente parálitico, tosía de un modo desastroso y condenaba á su mujer á no separarse apenas un instante de su lado, ni tener más distracciones que la de jugar al dosillo con su esposo.

Tan agradable vida comenzó á influir en la salud de la condesa, y el médico hubo de recomendar que se la procurase alguna distracción. Entonces el viejo consintió en que su costilla aprendiera música.

En el pueblo donde por prescripción facultativa residía el matrimonio, no había más que un solo profesor, y, naturalmente, fué preciso recurrir á él. Era un joven de dulces ojos y rubia cabellera, cuyo aire inocentón inspiró confianza al marido.

Este, tan ciego como la generalidad de los de su clase, no advirtió que los días en que debía ir el profesor á dar la lección, la condesa estaba, desde por la mañana, más alegre que unas castañuelas y se arreglaba con más esmero que de ordinario. Luego el profesor llegaba, enseñaba á su discípula alguna pieza, y acababan cantando un dúo de Mendelsshon, siempre el mismo, en el que las mariposas hacen el amor á las flores.

Entonces el rostro de la joven se esclarecía, y su alma se sentía inundada de un gozo que hubiera sido completo de no tener muy cerca de sí, en la habitación inmediata, cuya puerta permanecía entreabierta, al bueno del conde, que intercalaba entre las estrofas del canto algunos solos de tos, en los que seguramente no había pensado el ilustre músico.

Aquella tos parecía decir:

«¡Aquí estoy yo, y si no os veo, os escucho!»

Advertencia que era comprendida perfectamente y que no debía hacer maldita la gracia á la discípula ni al maestro.

Por lo demás, el parálitico llegó á tomar también gusto á las lecciones de canto, y marcaba el compás con la cabeza en los pasajes culminantes del famoso dúo.

Cerca de un año duraban ya las susodichas lecciones, cuando el conde hubo de advertir un día una cosa increíble, atroz, inaudita.

Resistióse á darla crédito al principio, se lo negó á sus ojos, díjose que soñaba, que aquello no era posible...

Pero la realidad se impone siempre, y



—La han atado los ladrones mas, como no la tenía,
y le han robado la ropa; no le han quitado otra cosa.



PEREZA

el parálítico hubo de dejarse vencer por ella.

¡Sí! ¡No cabía ya la menor duda!... ¡Los signos eran demasiado visibles!...

¡A no tardar iba á tener un heredero

ó una heredera de su fortuna y de su nombre!

Esto, en otras circunstancias, habríale colmado de júbilo; pero fácilmente puede colegirse el gusto que le daría en aquella ocasión, cuando sabía mejor que nadie que desde hacía más de dos años estaba forzosamente obligado á considerarse tan soltero como si no existiesen mujeres en todo el orbe terráqueo.

Y tampoco costará trabajo comprender que la tos se le agravó de un modo extraordinario, que llamó á solas á su mujer, la amenazó, la increpó... y, pese á sus lágrimas y á sus protestas, acabó por obtener de ella una confesión completa.

¡Sí! ¡La condesa estaba en cinta!

—Pero ¿de quién?... ¡desgraciada! ¿Quién es el padre de la criatura?

La joven, después de hacerse repetir varias veces la pregunta, exornada con toda clase de epítetos que no es del caso repetir, decidióse, al fin, á nombrar al profesor de música.

Nueva y más profunda sorpresa del viejo, que en el primer momento juzgó que se le quería seguir engañando.

Lo cierto es que el hecho resultaba verdaderamente inexplicable.

—¡Pero, miserable!—dijo.—¿Cómo puede ser eso, si me consta que no ha venido jamás sino á las horas de la lección, y yo que os escuchaba, sé muy bien que no interrumpíais vuestro canto?

—Sí,—repuso con cándida inocencia y entre sollozos la angelical condesa;—es cierto que cantábamos... pero no te fijaste en que, en el dúo, en el momento en que la mariposa se coloca sobre la flor... ¡hay tres compases de silencio!

DON SEBASTIÁN.

LA CARCOMA

Todas las noches oigo ese ruido monótono y tenaz de la maldita; es la carcoma que en el marco habita de un fiel retrato de mi amor perdido.

De la madera el polvo desprendido el aire en torno de la estancia agita, y la imagen, borrosa ya, gravita

entre aquel esqueleto carcomido.

Dentro del pecho con igual faena devora la carcoma de una pena mi muerto corazón sin paz ni calma.

Como el marco caerá también deshecho; pero aunque en polvo me convierta el pecho, no borrará su imagen de mi alma.

PEDRO JARA CARRILLO.

EPIGRAMAS

Viendo á Gil en su berlina,
preguntó á un amigo Oleina:
—Tan de prisa ¿donde irá,
y con tal lujo. .?

—Pues va,—
contestóle,—á su ruina.

—Como si fuese un banquero
gasta Antero su dinero,
siendo un pobre como es.
¿De dónde lo saca, pues,
si no tiene nada Antero?

Y contestóle Hinojosa:
—Tan sólo tiene, en verdad,
una esposa muy preciosa,
un amigo... de la esposa

y muy poca dignidad.

Un día, en una reunión,
estando un tenor cantando
el *raconto de Mignon*,
—Parece,—dijo Ramon,—
que esté ese hombre rebuznando.
Sin duda oyó frases tales,
porque con muchos modales

—Tiene usted razón,—le dijo;—
pues cantando así, de fijo
me entienden los animales.

—Cuando se marchó Matilde,
tu querida, con Anselmo,
te dejaría asombrado.

—No: me dejó sin un céntimo.
EDUARDO GUILLAR.



No crean que está cansada
porque la ven apoyada.

Pues si empieza el movimiento
no descansa ni un momento.



MLLE. JULIETTE
(Célebre pianista)

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla, sino abaratar los superiores como el Agua de Colonia de Orive. Frascos desde 3 rs. litro hasta 4 ptas. Perfumerías.

E. T. G.—Valladolid.—No queremos «Soleares» ni peteneras.

AVISO

Se advierte á los señores que mandan pasatiempos para LA SAETA, que si quieren verlos publicados, caso de ser admitidos, escriban, en adelante, por una sola cara y con la solución al pie. De lo contrario, aunque sean publicables, no respondemos de su inserción.

Prohibida la reproducción de los originales de este número



LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

Correspondencia

Ese.—No sirven sus versos.

A. G. del B.—Madrid.—Su artículo me ha gustado, y se publicará en el Almanaque de primero de año. Mande otro para LA SAETA.

SE AUMENTA LA SALIVA que escasee por cualquier causa, con un buche de Licor del Polo de Orive, el cual refresca deliciosamente la boca, fortificando las encías.

G. L. P.—Madrid.—Me resulta algo empalagoso y un poco cursi. Fijándose más, puede usted hacer algo que resulte y se publicará.

A. G.—Granada.—Deje usted á Horacio, y no haga más versos de ninfas, porque se va usted á quedar más flaco que el célebre poeta.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal; semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.


No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17.—Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charadas

I

Mi querido *prima tres dos tres* vienes á mi casa, ó ya sabes que en el *todo* me tienes siempre sin falta.

X.

II

—¿Conoces á *prima dos tres cuatro cinco y prima tres*?

—*Cuarta.*

—¿Cómo que *cuarta*? A aquel que le hicimos el *quinto cuarta* de *todo*.

—¡Ah! ¿El dueño de las minas de *quinta tres cuarta*? Y ¿qué le sucedió?

—Pues nada: que paseando por la playa de Valencia, perdió el *tres cuarta*, y ¡zas!, al agua.

—¿...?

J. M. R. R.

Acróstico

```

      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
      * * * * *
* * * * *
  
```

Substituir las estrellas por letras, de modo que en la línea vertical de estrellas más negras se lea el nombre y apellido de una con cida tiple, y en las horizontales lo siguiente: 1.^a, «difícil»; 2.^a, refrescante; 3.^a, falto de conocimiento; 4.^a, pájaro; 5.^a, madera; 6.^a, apellido; 7.^a, nombre de mujer (diminutivo); 8.^a, embarcación; 9.^a, para embarcación; 10.^a, verbo; 11.^a, ídem; 12.^a, número; 13.^a, arte; y 14.^a, prenda de abrigo.

JOSÉ VALLÉS.



Merluza pasada



Merluza fresca

Tarjeta logográfica

Nombre							Apellido				
1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	11	
Establecimiento											
3	4	11	3	9	0	7	0	4	2		
Calle					Número						
1	9	0	7	5	3	0	7	4	11	3	2
Nación						Pueblo					
4	3	2	5	4	2	4	8	0	7	2	

ANGELO TROMPETTO ZAFFREA.

Soluciones á lo insertado en el núm. 564

CHARADA.—Salamanca.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Un orador traspasado.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Sargento.

INICIAL ACRÓSTICA:

L A C H A
 S A L
 O R O
 A M O
 P E Z
 U N O
 R O S
 E C O
 P A N A
 A Ñ A D I D O
 A M A R I L L O

ACRÓSTICO:

E
 E C O
 E C H A R
 C E R E Z A S
 C A L I G R A F O
 C O R A Z O N
 C A R E Y
 M A R
 Y



Núm. 315 del catálogo

LA SAETA



20 cénts.

Núm. 566

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid*, *El País*, *El Nacional*, *La Lidia*, *La Caza Ilustrada*, *Arte y Letras*, *Heraldo Taurino* y *El Suceso ilustrado*.

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Tostadas infantiles

Preparas un panecillo cortándolo por en medio; lo tuestas sobre la plancha, y, estando ya el pan dispuesto, le pones *cerato simple* y no manteca de cerdo. Más infantil é inocente no se inventará otro almuerzo.

J. A.

—Ambrosio, toma seis duros y tráeme una butaca de fila primera para el teatro de la Comedia.

Vuelve el criado á las dos horas y dice á su amo:



Paso á dos.

—Señoritu, butacas de primera fila no encontré en almacén ninguno; pero le traigo un buen sillón de brazos que le ha de gustar mucho...

En la prevención:

El delegado:

—Ha sido usted preso por el delito de vagancia. ¿Cómo pasa usted las noches?

El detenido:

—Así, así, señor delegado. Doy á usted las gracias por su interés. A excepción de alguna paradilla, duermo con tranquilidad en los bancos del Salón del Prado.

Un jorobado al médico:

—Doctor: ¿cree usted que me probará la bicicleta?

—¡Quién sabe! ¡Tantas veces puede usted caer de espaldas, que se le puede modificar la chepa!

Se asegura que Saint-Simón dijo un día á madame Stael:

—Señora, es usted la primera mujer de nuestra época y, según dicen, yo soy el primer gran filósofo; debemos casarnos, para ver lo que sería un hijo nacido de semejante unión.

El alcalde de un pueblecillo compró una excelente bomba de apagar incendios, y encargando su custodia á uno de los alguaciles, dióle una minuciosa instrucción por escrito que terminaba así:

«La bomba se limpiará con el mayor cuidado, se le renovarán los aceites todos los sábados y además la *víspera del día en que hubiese incendio*.

Una señora está de visita en casa de una de sus amigas, que tiene una preciosa niña de cuatro años, á la cual dice al entrar:

—Te traigo, hija mía, una caja de dulces.

—Muchas gracias; démela usted.

—Al marcharme te la daré.

La niña se vuelve hacia su madre y le dice:

—Mamá: dile á esta señora que se vaya.

Un papá presenta su hijo á un comerciante en cuya casa desea colocarle.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—Pues no está alto para su edad.

—Le diré á usted... Es que hemos vivido siempre en habitaciones bajas de techo.

(Sigue en la penúltima página)